



rodillándose para besar la mano del rey, admitió esta espada con profundo respeto, y desvainando despues la suya, la presentó á Francisco diciéndole que no convenia á un gran monarca permanecer desarmado en presencia de un súbdito del emperador.

Diez mil hombres perdieron la vida en esta funcion, una de las más fatales que la Francia hubiese sufrido jamás. La mayor parte de la nobleza francesa pereció en ella, anteponiendo la muerte á una fuga vergonzosa. Hubo asimismo gran número de prisioneros, y el más ilustre de ellos, despues de Francisco, era Enrique de Albret, aquel desgraciado rey de Navarra. Un cuerpo pequeño de la retaguardia se escapó, al mando del duque de Alenzon. Con la noticia de esta derrota, la escasa guarnicion de Milan se retiró por otro camino áun antes de ser perseguida, y quince dias despues de la batalla no quedaba un solo francés en Italia.

Lannoy trataba á Francisco con todos los miramientos de honor debidos á su jerarquia y carácter; mas lo custodiaba al mismo tiempo con la atencion más exacta. No sólo tomaba todas las disposiciones necesarias para quitarle cualquier medio de evadirse; recelaba asimismo que sus propios soldados se apoderáran de la persona del rey, y la guardáran como una prenda de lo que se les debía. Para prevenir ambos peligros, desde el dia siguiente á la batalla condujo á Francisco al castillo de Pizighitone, inmediato á Carmona, y le puso bajo la guardia de D. Fernando de Alarcon, general de la infantería española, quien al valor más intrépido y á los sentimientos de honor más delicados, unia aquella vigilancia severa y escrupulosa que exigia tan precioso depósito. En el entretanto, Francisco, que juzgaba de la alma de Carlos por la suya, deseaba impacientemente que supiera su situacion, no dudando que el emperador le restituiria bien pronto su libertad por una noble compasion ó generosidad. Sus generales no estaban ménos impacientes de enviar á su amo el pormenor de la gran victoria que acababan de alcanzar, y de recibir sus órdenes tócate á la conducta que debian tener. Como la vía de tierra era en aquella estacion la más pronta y segura para lle-

var correspondencia á España, Francisco dió al comendador Peñalosa, que estaba comisionado de los pliegos de Lannoy, un pasaporte para atravesar por Francia.

Carlos recibió la noticia inesperada del triunfo señalado que acababa de coronar sus armas, con una moderacion que le hubiera hecho más honor que la mayor victoria, á ser sincera. Sin proferir una sola palabra que descubriera ni un afecto de orgullo ni una alegría inmoderada, fué al instante á su capilla, y despues de haber empleado una hora entera en dirigir al cielo gracias, volvió á su sala de audiencia, que encontró llena de grandes de España y de embajadores extranjeros, juntados para cumplimentarle. Recibió sus parabienes con aire modesto; compadeció el infortunio del rey prisionero, y lo citó como ejemplo admirable de los reveses de fortuna á que están expuestos los mayores monarcas; prohibió todo regocijo público, como indecente en una guerra entre cristianos, y dijo que era preciso guardarlos para la primera victoria que tuviera la fortuna de conseguir contra los infieles; pareció, en fin, que no se aplaudia de la que habia logrado, sino porque se hallaria por este medio en estado de restituir la paz á la cristiandad.

Sin embargo, Carlos formaba ya en el fondo de su corazon proyectos que se avenian mal con el exterior de esta fingida moderacion. La ambicion, antes que la generosidad, era su pasion dominante, y los laureles de Pavia presentaban á su imaginacion una perspectiva de sucesos, demasiado brillante y vasta para que pudiera resistir á su atractivo. Mas como advertia toda dificultad de ejecutar los extensos designios que meditaba, creyó necesario afectar la mayor moderacion durante el tiempo que empleara en aprestarse, esperando cubrir bajo de este velo engañoso sus verdaderas intenciones, y ocultarlas á la vista de los demas príncipes de Europa.

En este entretanto, la Francia se hallaba sumergida en suma consternacion. El rey habia escrito de propio puño la noticia de su derrota en una carta que Peñalosa entregó á su madre, y que no contenía mas que estas palabras: «Señora, todo está perdido, salvo el honor.» Los



que habian escapado hicieron á su regreso de Italia una relacion tan compasiva de todas las circunstancias de esta fatal funcion, que todos los órdenes del Estado se afigieron por igual. La Francia, privada de su rey, sin dinero en las arcas, sin ejército, sin oficiales capaces de mandar, sitiada por todos lados de un enemigo activo y victorioso, se creyó en visperas de su ruina total; mas las grandes calidades de la regenta salvaron en tal momento á este reino, cuya suerte habia expuesto tantas veces por la violencia de sus pasiones. En vez de entregarse al dolor que debia experimentar una madre tan célebre por su ternura á su hijo, mostró toda la prevision, y desplegó toda la actividad de un gran político. Recogió las reliquias del ejército de Italia, pagó el rescate de los prisioneros, y atrasos de su sueldo, y los puso en estado de volver á campaña. Levantó nuevas tropas, proveyó á la seguridad de las fronteras, y supo proporcionarse cantidades suficientes para estos gastos extraordinarios. Se aplicó sobre todo á calmar el enojo, y á ganar la amistad del rey de Inglaterra, y por este lado vino el primer rayo de esperanzas á reanimar el aliento de los franceses.

Enrique, formando sucesivamente alianzas con Carlos ó con Francisco, habia seguido raras veces un plan de política regular y concertado: cedia de ordinario al impulso de las pasiones momentáneas: sin embargo, sobrevinieron incidentes que despertaron su atencion sobre aquel equilibrio de poder que era necesario mantener entre las potencias beligerantes; y habia tenido siempre la pretension de mirar como su objeto particular el cuidado de mantener este equilibrio. Su union con el emperador le habia hecho esperar que encontraria bien pronto una coyuntura favorable de poseer otra vez algunas posesiones de las tierras de Francia, que habian pertenecido á sus predecesores, y el cebo de esta conquista le habia determinado con facilidad á ayudar á Carlos á adquirir la superioridad sobre Francisco. No obstante, jamás habia previsto un suceso tan decisivo y fatal á la Francia, como la victoria de Pavia, que le pareció, no sólo haber desarmado á uno de los rivales, sino aniquilado su poder.

La idea de la revolucion completa y repentina que este acontecimiento iba á acasionar en el sistema político, le causó viva inquietud. Vió á la Europa en peligro de quedar por presa de un príncipe ambicioso, cuyo poderío nada era ya capaz de contrapesar. Como aliado, podia bien esperar ser admitido á participar de los despojos del rey cautivo; mas le era fácil conocer que la manera de hacer este repartimiento, como en la seguridad de conservar su lote, dependeria absolutamente de la voluntad de un aliado cuyas fuerzas se encontrarían entónces muy superiores á las suyas. Previó que si dejaba á Carlos añadir todavía otra porcion considerable del reino de Francia á los vastos estados de que era ya señor, sería un vecino mucho más temible para Inglaterra que los antiguos reyes de Francia lo habian sido, y que al mismo tiempo la balanza del continente, cuyo equilibrio formaba la seguridad y crédito de la Inglaterra, sería echada por tierra del todo. El interés que tomaba en la situacion del desventurado Francisco, fortaleció aún más todas estas consideraciones políticas; la gallardía con que este monarca habia sobresalido en la batalla de Pavia, inspiraba á Enrique una admiracion que no podia ménos de aumentar su compasion. Susceptible por naturaleza de afectos generosos, Enrique ambicionó la gloria de mostrarse á los ojos de Europa como el libertador de un enemigo vencido. Las pasiones del ministro inglés auxiliaron á las inclinaciones del monarca. Wolsey, que habia visto burladas sus pretensiones á la tiara en dos elecciones consecutivas, y que descargaba particularmente la culpa sobre el emperador, aprovechó con ansia una ocasion de vengarse de él. Luisa, por su parte, anhelaba la amistad del rey de Inglaterra con una sumision que halagaba igualmente á este príncipe y á su ministro. Enrique la dió en secreto su palabra de que no prestaria socorro para oprimir á la Francia en el estado infeliz á que se veia reducida; mas exigió al mismo tiempo de la regenta que jamás consentiria en desmembrar su reino, áun por libertar á su hijo.

En medio de esto, como las conexiones de Enrique con Carlos le obligávan á conducirse





de modo que salvára las apariencias, mandó celebrar en sus dominios con regocijos públicos la felicidad de las armas del emperador; y como si estuviera impaciente por aprovechar la ocasion actual de completar la destruccion de la monarquía francesa, despachó embajadores á Madrid para cumplimentar á Cárlos por su victoria y traerle á la memoria que como su aliado y como interesado en esta causa comun, tenía derecho á participar del fruto del triunfo. Pedia, en consecuencia, que Cárlos, en virtud de las convenciones de su tratado, invadiera la Guyenne con un poderoso ejército, y le posesionára de esta provincia. Ofrecia al mismo tiempo enviar á la princesa María á España ó á los Países-Bajos para educarse bajo la direccion del emperador hasta la conclusion del himeneo ajustado; y en cambio de esta demostracion de confianza, pedia que se le entregára á Francisco, conforme al tratado de Brujas, por el cual cada una de las partes contratantes se habia obligado á poner todo usurpador en manos de aquel cuyos derechos hubiera violado.

Enrique no podia sériamente esperar que el emperador escuchára proposiciones tan extravagantes que no era de su interés, ni aún estaba en su mano conceder; y aún parece que Enrique las hizo únicamente para tener un pretexto honroso de contraer con la Francia las alianzas que pudieran exigir las circunstancias. En los diferentes Estados de Italia era, sobre todo, donde la victoria de Pavia difundia sustos y terror. Este equilibrio de poder, del que ellos hacian la base de su seguridad, y que habia sido constantemente objeto de todas sus negociaciones y de su política refinada, se encontraba aniquilado en un momento. Se veian expuestos por su situacion á experimentar los primeros el efecto del predominio ilimitado que Cárlos acababa de adquirir. Habian advertido en el monarca jóven muchas señales de una ambicion desmedida, y conocian bastante que como emperador ó rey de Nápoles, podia formar sobre diferentes partes de Italia pretensiones peligrosas, que realizaria con facilidad.

Deliberaron con la mayor inquietud acerca de los medios de oponerle una fuerza capaz de

atajar sus progresos; pero sus resoluciones mal concertadas, y todavía peor ejecutadas, no produjeron ninaun efecto. Clemente, en vez de seguir las disposiciones que habia tomado con los venecianos para asegurar la libertad de Italia, se dejó intimidar tanto por las amenazas de Lannoy ó seducir por sus promesas, que concluyó un tratado particular, obligándose á desembolsar una cantidad considerable por algunas ventajas que debia recibir en cambio. Se pagó sobre la marcha el dinero, mas el emperador rehusó despues ratificar el tratado, y el papa quedó expuesto al oprobio de haber abandonado la causa comun por su interés personal, y al ridículo de haber hecho una vajeza sin beneficio.

Por ignominioso que fuera el artificio de que se habia servido para arrancar esta suma de manos del papa, vino muy á tiempo en las del virey, para desembarazarle de un peligro muy urgente. Inmediatamente despues de la derrota del ejército francés, los mismos alemanes que habian defendido á Pavia tan gallarda y constantemente creyeron que la gloria que habian adquirido y los servicios que acababan de hacer, les daban derecho de ser insolentes; cansados de esperar en vano el efecto de las promesas con que los habian entretenido tanto tiempo, se apoderaron de la ciudad, resueltos á guardarla como en fianza del pago de las cantidades que se les debian; y lo demas del ejército mostró mucha más disposicion á sostener á los amotinados que á reprimirlos. Lannoy apaciguó á estos sediciosos alemanes, distribuyéndoles el dinero del papa; mas aunque los hubiera satisfecho por el instante, tenía poca esperanza de hallarse en estado de pagarles con regularidad en lo venidero; y recelando que en su descontento se apoderáran de la persona del rey prisionero, tomó el partido de licenciar sin demora todas las tropas, tanto alemanas como italianas, que se hallaban al servicio del emperador.

Así, por un contraste que debe parecer muy extraño, pero que se derivaba naturalmente de constitucion de la mayor parte de los gobiernos europeos en el siglo XVI, miéntras que Cárlos era sospechado por todos sus vecinos de



aspirar á la monarquía universal, y que formaba en efecto los proyectos más vastos; sus rentas eran al mismo tiempo tan cortas que no podia mantener un ejército victorioso, que no pasaba de 24.000 hombres.

Sin embargo, Cárlos, renunciando bien pronto al aire de moderacion y de desinterés, que habia afectado al principio, se ocupaba sin descanso en los medios de sacar las mayores ventajas de la desgracia de su adversario. Algunos de sus consejeros le exhortaban á tratar á Francisco con la generosidad que conviene á un monarca vencedor, y querian que en lugar de abusar de su infortunio imponiéndole condiciones rigurosas, le restituyera la libertad de manera que se lo ganára para siempre por los vínculos de la amistad y del reconocimiento, vínculos mucho más fuertes y duraderos que los que pudiera formar con juramentos sacados con violencia, y estipulaciones involuntarias. Quizá tanta generosidad se aviene mal con la política; esto era además un efecto sobrado delicado para el príncipe á quien se quería inspirarle. El partido ménos noble y grande, aunque más fácil y comun, de emplear todos los medios de sacar utilidad del cautiverio de Francisco, tuvo la pluralidad de votos en el consejo, y se ajustaba mucho mejor al carácter del emperador. Cárlos, al adoptar este plan, no lo ejecutó con habilidad. En lugar de hacer un gran esfuerzo para internarse por Francia con todas las tropas de España, y de los Países-Bajos; en vez de destruir á los Estados de Italia antes de darle tiempo de reponerse de la consternacion en que los habia sumergido el triunfo de sus armas, recurrió á las sutilezas de la intriga y de la negociacion; mas se determinó á ello en parte por necesidad, en parte por inclinacion. El deplorable estado de su hacienda le constituia casi en la imposibilidad de aprestar ningun armamento respetable; y como jamás se habia presentado á la cabeza de sus ejércitos, cuyo mando habia dado siempre á sus generales, gustaba poco de los consejos que pedia la audacia y talentos de un guerrero, y confiaba más en el arte de la negociacion que conocia más á fondo. Fuera de esto, se dejó deslumbrar demasiado por la victoria de Pavia;

creyó al parecer que habia aniquilado todas las fuerzas de Francia, y agotado todos sus arbitrios, y que este reino iba á caer en sus manos como la persona del soberano.

Lleno de estas ideas, resolvió poner al más alto precio la libertad de Francisco; encargó al conde de Roeux que visitára de su parte al rey en su prision, y le propusiera como las únicas condiciones con que podia rescatar su libertad, restituir la Borgoña al emperador, cuyos antepasados habian sido despojados sin justicia; ceder la provincia y el Delfinado para erigirse en un reino independiente, que se daria al condestable de Borbon; satisfacer al rey de Inglaterra en todas sus pretensiones; y en fin, renunciar á todas las de los reyes de Francia sobre Nápoles, Milan y cualquier otro Estado de Italia.

Francisco, que se habia lisonjeado que el emperador le trataria con la generosidad que un gran príncipe tenía derecho á esperar de otro, no pudo oír estas proposiciones sin enajenarse de viva indignacion; desenvainando su espada, improvisamente prorumpió: «¡Valdría más á un rey morir de este modo!» Alarcon, asustado de esta violencia, asió la mano del rey, que se serenó al instante; pero declaró del modo más solemne que permanecería prisionero por toda su vida antes que comprar la libertad á precio tan vergonzoso.

Un descubrimiento tan mortificante de las intenciones del emperador aumentó visiblemente la impaciencia y pesadumbre que Francisco sufría por su cautiverio; se le convirtió desde entónces en horroroso, y la desesperacion se hubiera apoderado de su alma, si no se hubiera adherido á la única idea que podia darle algun consuelo. Se persuadió que las condiciones propuestas por Roeux no dimanaban del mismo emperador, sino que habian sido dictadas por la política rigurosa de su consejo español; esperó adelantar más su libertad en unas vistas con Cárlos que por medio de largas negociaciones que pasaran por la mediacion subalterna de sus ministros. Alucinado por esta idea, que nacia de la opinion demasiado favorable que conservaba siempre del carácter del emperador; se brindó á ir buscarle á





Madrid, y consintió en servir de espectáculo á una nacion altanera. Lannoy empleó todo su arte en confirmarle en este modo de pensar, y concertó con él en secreto los medios de ejecutar su resolusion. Francisco estaba tan impaciente por seguir un plan que le presentaba la esperanza de su libertad, que suministró las galeras necesarias para el viaje, no pudiendo Carlos por entónces poner en el mar ninguna escuadra. El virey, sin comunicar sus intenciones á Borbon ni á Pescara, condujo á su prisionero hácia Génova, bajo del pretexto de trasportarlo á Nápoles por mar; pero luégo que dieron la vela, mandó á los pilotos cinglar derecho á España. Los vientos arrastraron á esta escuadrilla bastante cerca de las costas de Francia. El desventurado Francisco pasó por delante de su reino hácia el que su corazon y sus ojos se volvieron mil veces con dolor. Aportaron, sin embargo, en breves dias á Barcelona, y á poco despues se hospedó á Francisco por orden del emperador en el alcázar de Madrid, bajo de la custodia del vigilante Alarcon, que cuidaba siempre de su persona con igual atencion.

Algunos dias despues de la llegada del rey Francisco á Madrid, en donde no tardó en convencerse de lo poco que debia confiar en la generosidad del emperador, Enrique VIII concluyó con la regenta un tratado, que dió á Francisco la esperanza de recobrar su libertad por otra vía. Las peticiones exajeradas de Enrique habian sido recibidas en Madrid con toda la indiferencia que merecian, y que él mismo aguardaba sin duda.

Carlos, embriagado de su prosperidad, habia cesado de manifestarle aquellas atenciones y sumision respetuosa que tanto halagaban al ánimo altivo de este príncipe. Wolsey, tan vano como su amo, se ofendió vivamente de que el emperador hubiera parado en las caricias y protestas de amistad que acostumbraba prodigarle. Estos disgustos dieron nuevo peso á las consideraciones que le individualizado más arriba, y determinaron á Enrique á formar una alianza defensiva con Luisa. Se conciliaron bien pronto todas las diferencias que quedaban por terminar entre sí, y el rey de Inglaterra

prometió todos sus desvelos para sacar de cautiverio á su nuevo aliado.

Al mismo tiempo que la desercion de aliado tan poderoso causaba á Carlos la más viva inquietud, se tramaba en Italia una conspiracion secreta, que le amenazaba con una pérdida aún más funesta. Esta conspiracion era fruto del carácter inquieto é intrigante de Moron, canceller de Milan. El resentimiento de este ministro contra los franceses se habia calmado con su expulsion de Italia, y su vanidad se encontraba no ménos satisfecha de ver á Sforzia, cuyos intereses habia abrazado, restablecido en el ducado de Milan. Sin embargo, los pretextos de la córte imperial defriendo dar á Sforzia la investidura de su nueva soberanía, habian asustado largo tiempo á Moron: se habian repetido por tantas ocasiones y con tanta apariencia de mala fe, que este político suspicaz creyó traslucir en ello la prueba evidente de la intencion en que se estaba de despojar á Sforzia del ducado de Milan, aunque se conquistó en su nombre. Sin embargo, Carlos, queriendo tranquilizar al papa y á los venecianos, que desconfiaban de sus designios tanto como Moron, concedió al cabo esta investidura, tanto tiempo solicitada; mas con tantas reservas y condiciones onerosas, que el duque de Milan se encontraba más bien súbdito del emperador que vasallo del imperio, y no le quedaba otro garante de la seguridad de su posesion, sino la buena voluntad de un superior ambicioso. Si acontecia que el emperador agregára el Milanés á su reino de Nápoles, Moron veia en esta reunion la ruina de la libertad de Italia, y la pérdida del poder y autoridad que él mismo disfrutaba. Lleno de estos pensamientos, comenzó á ocuparse en los medios de libertar á Italia de toda dominacion extranjera; proyecto que era, como se ha notado ya, la idea favorita de los políticos italianos de aquel siglo, y fué siempre el gran objeto de su ambicion. Moron pensó que nada faltaria ya á su celebridad si podia añadir la gloria de libertar á Nápoles del yugo de los españoles, á la de haber sido el principal instrumento de la expulsion de los franceses fuera del Milanés. Su genio fecundo le presentó luego un plan, atrevido á la



verdad y árduo de ejecutar, pero que agradó más á su carácter audaz y animoso por estas mismas razones.

Borbon y Pescara se habian ofendido en igual grado de que Lannoy hubiera enviado al rey de Francia á España sin su participacion. El primero, temiendo que los dos monarcas concluyeran en su ausencia algun tratado con sacrificio de sus intereses, pasó en toda diligencia á Madrid para prevenir este peligro. Pescara, que quedaba solo encargado del mando del ejército, se vió en precision de permanecer en Italia; mas dejó en todas ocasiones reventar su indignacion contra el virey, de quien habló en términos llenos de desprecio y de resentimiento.

En una carta que escribió al emperador, acusaba á Lannoy de haberse mostrado cobarde en el peligro é insolente despues de la victoria de Pavia, á la cual no habia contribuido ni con su valor ni con su mando. Pescara se quejaba con no menor acrimonia del emperador mismo, quien en su sentir no habia hecho justicia á su mérito, ni recompensádole de una manera proporcionada á sus servicios. Moron fundó todo el plan de su proyecto sobre el descontento de Pescara. Conocia la ambicion desmedida del marqués, la vasta extension de sus talentos en la paz y en la guerra, y la intrepidez de su alma, capaz de emprender y de ejecutar los proyectos más desesperados. La intermediacion del ejército español, acantonado en las fronteras del Milanés, presentó á Moron la ocasion de tener con Pescara muchas conferencias, en las que cuidó de suscitar la conversacion sobre los acaecimientos posteriores á la batalla de Pavia: éste era un asunto que el marqués acogia siempre ansiosamente y trataba con calor. Moron, observando con placer la viveza y constancia de su enojo, traia á consideracion diestramente y agravaba todas las circunstancias que podian inflamarle más. Le pintaba con los colores más fuertes la poca equidad y reconocimiento que habia mostrado el emperador prefiriendo á Lannoy á él y dejando á este flamenco presuntuoso disponer del rey cautivo, hasta sin consultar á un general cuyo denuedo y gobierno habian valido á Carlos la gloria de tener en su poder á tal pri-

sionero. Cuando Moron creyó haber acalorado suficientemente por sus discursos artificiosos el resentimiento de Pescara, comenzó á dejarle traslucir que habia llegado el momento de vengarse de tantas afrentas y de adquirirse gloria inmortal libertando á su país de la opresion extranjera; que los Estados de Italia, cansados de llevar el yugo intolerable é ignominioso de los bárbaros, estaban prontos á reunirse para recobrar la independencia; que todos los ojos estaban clavados en él, como en el único jefe cuyo talento y dicha podrian asegurar el feliz éxito de esta noble empresa; que la facilidad de ejecutarla igualaba á su gloria, puesto que no pendia sino de él dispersar en las aldeas del Milanés la infantería española, único cuerpo de tropas que el emperador tuviera en Italia, y que todos estos soldados serian asesinados en una sola noche por el pueblo, quien, indignado de sus exacciones é insolencia, se encargaria gustosamente de esta venganza; que podria entónces sin obstáculo posesionarse del trono de Nápoles, y que la fortuna parecia destinarle esta corona como la única recompensa digna del libertador de Italia; que el papa, como señor feudal del reino de Nápoles, cuyos antecesores habian dispuesto de él en cien ocasiones, le daria con gusto su investidura; que los venecianos, florentinos y el duque de Milán, á quienes habia comunicado sus proyectos, afianzarian con la Francia sus derechos; que los napolitanos estimarian mucho más ser gobernados por un compatriota á quien admiraban y querian, que por extranjeros cuya dominacion aborrecian, y que los tenian desde tan largo tiempo en la servidumbre; que el emperador, en fin, atónito de golpe tan inopinado, se encontraría sin tropas ni dinero, é imposibilitado de resistir á liga tan poderosa.

Pescara, asombrado de lo vasto y atrevido del plan, escuchaba con atencion á Moron, si que con el aire de un hombre que medita profundamente, y que es agitado de afectos diversos. Por un lado la infamia de hacer traicion á su soberano, que le habia confiado el mando en jefe de sus tropas, le espantaba; por otro, la perspectiva halagüena de obtener un sólio le conmovia. Despues de algun rato de irresolu-